

Guy Jimenes

Piensa  
en los días  
felices

*roman traduit  
du français à l'espagnol par  
Anne Guillot*

*Piensa en los días felices* est la traduction  
de la nouvelle édition de  
Pense aux jours heureux  
(éditions Barbedogre 2025).

Ce livre électronique est distribué  
sous licence Creative Commons.

Pour information, consulter les pages suivantes :  
[creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.fr](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.fr)  
[guyjimenes.net/livreselectroniques](http://guyjimenes.net/livreselectroniques)

© Anne Guillot  
Les Râpées  
45320 Courtenay-France  
[anne.guillot3@orange.fr](mailto:anne.guillot3@orange.fr)  
2026  
Tous droits réservés

## **1. Bajo el cerezo**

El jardín está cubierto por una fina capa de nieve que mis pasos hacen chirriar. Con las manos heladas dentro de los bolsillos de la cazadora, contemplo el gran cerezo. ¿Qué altura alcanzará? ¿Cinco o seis metros? Mejor no pensarlo. Pero tengo que decidirme ya.

Todavía no han vuelto mis padres. Es el momento o nunca para recuperar la cartera de Fatuma, colgada de una de las ramas.

Hace un frío seco y tiemblo. Me late el corazón no más pensar en subirme ahí arriba. Tengo un problemilla : ¡soy sujeto al vértigo! Me enteré de ello aquí mismo, una tarde de primavera, el año de mis ocho años, mientras ayudaba a mi padre a coger cerezas.

Papá había trepado a una rama y yo tenía que pasarle la cesta desde la escala.

– Súbete más, me ordenó.

Yo contaba los escalones, ya estaba a la mitad, en el cuarto.

Levanté el pie derecho y miré hacia abajo. De súbito, me mareé.

De caerme, a buen seguro que me rompería una pierna o peor aún : me fracturaría la columna vertebral y quedaría paralizado de por vida.

– ¿Qué pasa Ludovic? se impacientó papá. ¿A qué esperas?

Tenía las manos llenas de cerezas. Su postura no era muy confortable, a horcajadas en la rama, con la cabeza entre las hojas. Además, una tormenta estaba amenazando. El ambiente era eléctrico.

Le grité :

– ¡No puedo!

– ¿Qué es lo que no puedes?

– ¡Subir!

Creó que estaba atrapado en una rama.

– ¡Pues, bájate! ¡Desplaza la escala!

Le obedecí. Bajarme me resultó fácil, ¡un verdadero alivio! Dejé la cesta, desplazé la escala, volví a coger la cesta... y me puse a trepar de nuevo, intentan-

do convencerme de que iba a encontrar el ánimo, esta vez, de alcanzar el quinto escalón.

Pero volvieron a aparecer los síntomas : sensación de desmayo, músculos petrificados, rodillas hechas mermelada...

– ¿Qué te pasa ahora?

Tiré la cesta al suelo y le grité a papá :

– ¡Ya que eres tan listo, coge las cecezas tú solito!

Encuentro de nuevo la escala guardada en el trastero, al lado de la leña. El aluminio me hiela las manos. Debería ponerme guantes, pero peor para mí, es demasiado tarde, ya he perdido

suficiente tiempo desde que he regresado de la escuela y anochece pronto.

¡Qué bien empiezan las vacaciones de Navidad! Como mis padres me encuentren en el suelo... Pero bien sé que me estoy buscando pretextos, por cobarde.

¡Entonces, pienso en Fatuma para darme alas!

## 2. Fatuma

Conozco a Fatuma desde Segundo de Primaria. No la amé enseguida. Al principio, no la noté. En nuestra escuela, niños negros como ella hay muchos, pero ésta no es la cuestión.

No le presté mucha atención porque es una niña tímida. No exactamente tímida sino más bien discreta. ¿La diferencia? A una niña tímida, se le nota la timidez. A una niña discreta, se la olvida.

Las niñas tímidas acaban haciéndose pesadas, se andan con melindres, y uno ya no tiene ganas de hablarles, mientras que las niñas discretas llevan un como misterio dentro, que da ganas de conocerlas mejor.

Esperé el pasado curso, en Cuarto de Primaria para tener ganas de conocer mejor a Fatuma. En realidad, no esperé nada, sino que ocurrió naturalmente.

A principios del curso, el maestro nos había colocado uno al lado de la otra. Cada trimestre, debíamos cambiar de sitio. Fatuma y yo nunca quisimos cambiar. Por lo bien que nos llevábamos. Los otros se burlaron de nosotros : “!Eh! ¡Parejita!” y todo lo demás, pero nos empeñamos. A don

Michel, no le molestó que nos quedáramos juntos porque no nos impedía escuchar bien y estudiar como es debido. Sobre todo, Fatuma. Yo, no es que sea malo, pero ella era mejor que yo, en todas las asignaturas.

Digo que era mejor, empleando el pasado adrede, porque ya no es lo mismo en Quinto de Primaria. Pero no es culpa de Fatuma.

Algo terrible le sucedió. No lo entendí enseguida. Nadie lo entendió. Fatuma no es de las que se quejan, o quieren suscitar compasión.

Pero no debo pensar en ello. Debo centrarme en los momentos felices para encontrar el ánimo y la fuerza de alcanzar la cartera. Si no, ¿para qué continuar? Lo mismo daría sentarme en la

nieve y llorar, llorar hasta el regreso de mis padres.

¡Cuán rápido anochece! Tengo muy poco tiempo por delante. Si tardo más, sí que resultará verdaderamente peligrosa mi escalada.

– ¡Voy por ti!

Es a la escalera a quien desafío, al quinto escalón. Superarlo ya sería una victoria.

Me tiemblan las manos y las rodillas se me hacen algodón, ¡pero lo consigo! De hecho, lo consigo fácilmente. Tengo once años, y la escalera ya no me parece tan terrífica como cuando tenía ocho.

Ya me encuentro al alcance de la rama que he notado. Me agarro a ella, doy un empujón con las piernas que

abandonan su apoyo. Me angustio un instante al sentir que se tambalean en el vacío, pero logro restablecerme mal que bien. Y aquí estoy, sentado en el cerezo. Es un principio alentador.

Desde donde me encuentro, diviso muy bien, sobre un fondo de cielo gris-negro, la cartera de colores con flecos colgada del cordón.

La tiré ahí arriba a principios de septiembre porque creía que Fatuma ya no me amaba.

Aún desconocía la verdad...

De nuevo se asoma el desánimo, pero no quiero dejar que me invada.

Me acuerdo de la letra de una canción antigua que mamá suele cantar : *Piensa en los días felices...*

Sí, será mejor.

### **3. La invitación**

La primera vez que invité a Fatuma fue el año pasado para mi cumpleaños. También estaban Loïc, Jennifer y pocos más.

Los hay que siempre invitan a mucha gente, pero yo sólo invito a mis verdaderos amigos.

En cuanto a Fatuma, era diferente. Mi cumple es a finales de septiembre, y apenas llevábamos tres semanas sentados el uno al lado de la otra en el aula. Aún no habría podido decir que

era mi amiga. No nos hablábamos mucho. Sin embargo, me latía más fuerte el corazón cuando se sentaba a mi lado.

Era tan distinta a los otros, no sólo por su color de piel y su estatura más bien alta. Me gustaban las perlas doradas en sus orejas, la manera con la que estaba trenzada su melena y sus dedos largos y flexibles. Me fascinaban sus manos delicadas, me gustaba verla escribir, trazar rayas, dibujar, recortar papel... La contemplaba en secreto. En realidad, bebía los vientos por ella, y por eso decidí invitarla.

Más tarde, ella me confesó que también experimentaba atracción por mí. Son las palabras exactas que empleó : “atracción por ti.” En el recreo, hasta se había sentido ofendida y celosa al

verme repartir los papelitos a otros, pero a ella no.

En realidad, yo le había preparado una invitación especial que no me atreví a darle enseguida. En el supermercado, me había sacado fotos en una cabina automática. Había elegido la fórmula de dos euros : un retrato único en colores. Había ajustado el asiento correctamente y dirigido mi sonrisa más bella al objetivo, pensando fuertemente en Fatuma. Me había puesto un montón de gel en el pelo, cosa de enderezarlo en cresta, como el amigo punk de una de mis tías.

La máquina tardó un segundo más. Pensé : “¿No me tomará Fatuma por un estúpido?” Entonces, de repente, me pasé los dedos en ganchos en la cabeza

para volver a hacerme un peinado normal. ¡Por supuesto, fue el momento que eligió el flas para activarse!

Sin embargo, pegué en la tarjeta el retrato del tipo más bobo, despeluzado, con la mano suspendida a nivel de la oreja... Era yo, a pesar de todo. Dibujé un bocadillo en el cual escribí : “Te invito a mi cumpleaños...” y lo metí todo en un sobre que sencillamente ponía : “Para Fatuma.”

Había resistido las ganas de dibujar un corazón a la manera sentimental de las niñas, con un rotulador de purpuras. Pero en el último momento, saqué de nuevo la tarjeta y escribí : “Te quiero, firmado Ludo García.” Mis padres acababan de empapelar los muros del salón y me valí de una cinta de friso para decorar

el sobre. Era un sobre deslumbrante y, para que nadie más que Fatuma lo viera, lo oculté en otro más común.

Esperé el último momento, a que sonaran las cuatro y media, para darle discretamente a Fatuma el sobre que contenía mi invitación... Temí que lo abriera enseguida :

– Ponlo en la mochila, que ya lo leerás en el parque. ¡Ni se te ocurra mostrárselo a tus padres!

Tenía la impresión de haber hablado demasiado alto y de que todas las miradas se giraban hacia mí.

Pero eran imaginaciones mías y Fatuma guardaba el sobre en la mochila. Cuando levantó la cabeza, me atreví a mirarla a los ojos.

– Gracias, me dijo sencillamente.

Y de su cara se desprendía una dulzura infinita, una alegría tranquila. Los adultos no tienen idea de lo que los niños son capaces de decirse sin una palabra, únicamente con los ojos. Resplandecía todo el amor del mundo en la preciosa sonrisa de Fátuma, y también en la mía, creo yo. Aquella vez, entendimos que los dos nos queríamos para siempre.

## **4. La cartera**

Es una pena usar una palabra tan ordinaria como “cartera” a propósito del regalo de Fatuma. ¡Es un objeto precioso, un objeto de arte, tan bello como una joya! Se compone de dos piezas de piel más o menos cuadradas : un compartimento con solapa en el cual se puede poner lo que sea : dinero, una foto, un amuleto de la suerte o incluso una tarjeta de crédito (tendré una de mayor).

La segunda pieza de piel está atada a la primera con una correa. Sirve para cerrarla y protegerla, como un estuche. Un cordón permite colgar el conjunto del cuello.

Yo nunca había hablado con Fatuma de su país de origen. Ni se me ocurría. Sin embargo, sabía dónde se situaba Senegal. Don Michel nos lo había mostrado en el mapa del mundo, y luego de más cerca en el mapa de África. Fatuma había nacido en el norte de aquel país y lo había dejado muy pequeña, a la edad de tres años. Nunca había vuelto allí.

La cartera fue fabricada allí. Jamás en la vida había recibido tan original y bonito regalo. Durante toda la tarde de mi cumpleaños, la tuve colgada del cuello, sin

cansarme de admirar sus motivos decorativos, de hacer crujir el cuero de colores bajo los dedos y de acariciar los flecos.

Su madre pasó a recoger a Fatuma por la noche. Mamá la agradeció con creces por este regalo y charló mucho con ella. Yo conocía a la señora Diallo, la había visto muchas veces en la escuela cuando se acercaba a recoger a Fatuma, pero era la primera vez que la oía hablar tanto tiempo, con su deje cantante, un poco cansino.

Cuando se fue con Fatuma, mamá se volvió hacia mí :

– ¡Qué hermosa mujer! me dijo, admirativa. Tan alta, tan delgada. Y Fatuma se le parece mucho.

Sentí gran orgullo.

## 5. Abdoulaye

Fatuma no vivía muy lejos de nosotros, al otro lado del parque, en la ciudad dormitorio.

La primera vez que fui a su casa, era por el mes de febrero, un día en que ella estaba enferma. Su madre había avisado la escuela. Ni siquiera necesité levantar la mano :

– Supongo que estarás de acuerdo para llevarle las tareas por hacer, propuso don Michel.

– Con gusto, respondí.

A las cuatro y media, crucé el parque y anduve hacia el inmueble de los Diallo. Era el inmueble verde, yo lo sabía porque a veces había acompañado a Fatuma, pero sin subir a su casa.

Me encontraba a unos treinta metros de la entrada de su inmueble cuando me topé con su primo Abdoulaye.

– ¿Qué te has perdido por aquí? ¡Ésta no es tu calle! me lanzó con voz fuerte.

Estaba con otro en una misma bicicleta : él que pedaleaba y Abdoulaye sentado en el manillar.

Pensé que se ablandaría si le revelara la verdad :

– Le traigo los deberes a Fatuma.

Por la manera con la que me miró, me sentí miserable por haber dicho

eso, ya que era como si le pidiera permiso.

– ¿Te parece interesante mi prima? interrogó Abdoulaye.

Su pregunta me desconcertó. Sentí que el miedo se infiltraba en cada una de mis fibras. No tengo más valor para enfrentarme con los cabecillas del colegio que para treparme a los árboles.

Pensé rapidísimo. Cualquiera que fuera mi respuesta a Abdoulaye, me la iba a reprochar. Así que no respondí nada.

– ¡Oye, que te he hecho una pregunta! insistió.

Aceleré el paso hasta ubicarme cerquita de la entrada del inmueble de Fatuma, el inmueble verde. Abdoulaye se apeó de la bicicleta de un salto. Me lleva

por lo menos dos años y me supera de la cabeza y los hombros.

– ¿Así que no te parece bastante interesante para ti mi prima? ¿Es eso? Sin embargo, ella te hace bonitos regalos.

Cogió la cartera que colgaba de mi cuello, amenazando con arrancármela.

– ¡Pero, me lanzó, si te estás aprovechando de ella, pues eres un racista!

Se rio muchísimo tras decir eso. Yo estaba demasiado agobiado como para enterarme de que se divertía imitando a un Blanco que imitaría la manera de hablar de un Africano. Yo sujetaba desesperadamente el cordón de la cartera con las dos manos.

De repente, una voz caída del cielo gritó, en un idioma que yo desconocía,

algo que Abdoulaye, sí, entendió perfectamente. Lo cual lo detuvo en seco.

## 6. El señor Diallo

Levanté la cabeza. En el balcón se encontraba un hombre vestido con una amplia túnica gris-azul. No lo conocía, pero él parecía esperar mi visita :

– Debes de ser Ludovic. Sube, que Fatuma me ha dicho que probablemente pasarías a traerle los deberes.

Aliviado, penetré en el inmueble verde mientras Abdoulaye y su compañero volvían a subirse a su bici.

Así fue mi encuentro con el padre de Fatuma por primera vez.

– Ha venido la doctora, me ilustró. Fatuma tiene calentura, pero nada grave. Vamos a dejarla dormir.

Miré a mi alrededor : ni mesa grande, ni sillas, sino alfombras, esteras, pufs, cojines. Y un delicioso olor. ¿Acaso el señor Diallo vio palpar mis narices? Me dijo que estaba preparando un pollo al maní.

– Los hombres saben mucho de cocina, ¿qué te parece? Aquí en Francia, los grandes chefs son hombres, ¿verdad?

Yo no tenía realmente opinión sobre el tema, pero aprobé con amabilidad. La voz grave de habla rápido del señor Diallo me impresionaba mucho.

Su mirada se detuvo en la cartera.

– Bonito regalo el que te hizo Fatuma. Es buena niña. A menudo me habla de ti.

Sentí que me ponía rojo hasta la raíz del pelo.

– Pero se calló que eras mudo... añadió el señor Diallo con malicia.

Le sonreí la gracia.

– ¡En cambio a mi padre le parece que hablo demasiado! logré articular.

Se echó a reír.

– Entonces tiene que ser verdad. Siempre hay que hacerle caso a su padre... Pero al grano, muchacho : enseñame la tarea para Fatuma.

Hurgué en la mochila y saqué la lista de lecciones y ejercicios que había preparado don Michel. Le expliqué alguna

que otra cosa al señor Diallo. También le encargué que le saludara a Fatuma cuando se despertara y le deseara un pronto restablecimiento.

Me retuvo un instante más :

– Fatuma me da mucha satisfacción. Es buena alumna en la escuela, ¿verdad?

– Muy buena, sí.

Su padre asentó con gravedad.

– A la doctora le dijo que será como ella en el futuro. Estudiará medicina, sacará el diploma y podrá volver al país a curar a la gente y cuidar de ella... ¿Y tú, qué oficio quieres hacer?

Yo no lo había pensado mucho. Llevado por un palpito, respondí :

– Como Fatuma. Yo también seré médico e iré a África para conocer su hermoso país.

El señor Diallo, divertido, hundió su mirada en la mía :

– Cierto es que mi país es hermoso. Pero tú ¿cómo lo sabes?

Estuve a punto de contestar : porque Fatuma es muy hermosa, pero me detuve a tiempo.

El señor Diallo no insistió.

– Eres un niño simpático, ya me lo había dicho Fatuma. Y valiente, aseguro.

Al franquear yo la puerta, añadió :

– Si Abdoulaye te molesta otra vez, ven a decírmelo.

## **7. Los días feos**

Aferrado de la rama del cerezo, mantengo la cartera en el visor, mientras me acuerdo del encuentro con el padre de Fatuma.

“Eres un niño valiente...” Durante mucho tiempo me pregunté por qué el señor Diallo me había hecho este alago. Frente a Abdoulaye, ¡mi única valentía había consistido en agarrarme al cordón de la cartera!

Cuando Fatuma había vuelto a la escuela, algunos días más tarde, yo se lo había preguntado. Ella se había reído antes de aclararme :

– Mi padre hace este alago a todos los niños. Si son valientes, es pura verdad ; y si son temerosos, pues ¡les da la impresión de que no lo son, y entonces, les hace valientes y lo que ha dicho mi padre se hace cierto!

*Piensa en los días felices...*

A finales de la primavera, una sombra de tristeza asomó en la cara de Fatuma. Yo, que bien la conozco, sentí que algo pasaba.

Una o dos veces, intenté que hablara, pero es una niña púdica y delicada y no quise pasarme por pesado.

Unos días antes de las vacaciones de verano, ella me dijo que iría a París durante todo el mes de julio a casa de una tía suya.

Y yo me iba a Bretaña con mis padres del 29 de julio hasta el 20 de agosto... Pasaríamos casi dos meses sin vernos.

*Piensa en los días felices...*

Vale, pero no se pueden borrar los días feos.

Acudí a la casa de Fatuma el 21 de agosto, nada más volver de vacaciones. Estaba ansioso por verla. En la entrada del edificio verde, miré los buzones. Uno de ellos rebosaba anuncios publicitarios. Era él de los Diallo.

Encendí el temporizador y trepé los tres pisos disparado. Le di al botón,

pero el timbre no sonó, como si ya no hubiera luz en el piso. Llamé a la puerta. Nadie.

Casi todos los días, volví y encontré la misma situación. No me atreví a llamar a la puerta de los vecinos para preguntarles si sabían algo. No sólo por timidez sino porque temía lo que pudieran decirme.

Compartí mis preocupaciones con mi madre :

– Durante todo el mes de junio, Fatuma estuvo rara, parecía triste. ¡Debió de ocurrirles alguna desgracia!

– ¡Qué va! ¡Seguro que no! respondió mamá blandamente.

– Creo que se han mudado. Habrán regresado a su país, lloriqueé, y no volveré a ver a Fatuma nunca más.

– ¡No digas tonterías! Tal decisión no se toma del día a la mañana... a no ser que...

– A no ser que ¿qué?

Mamá pensaba en algo que quería ocultarme.

– A no ser que ¿qué? me enojé.

– Está bien, sosiégate, te lo voy a decir... Ya has oído hablar de los “indocumentados”. Son inmigrantes que residen ilegalmente en Francia. No siempre llegaron clandestinamente, pero a veces su permiso de estancia no se renovó y...

– ¿Y qué? pregunté, muerto de angustia.

– Y ocurre que se los expulsa, que se los eche a su país.

– Pero... ¡si el país de Fatuma es Francia! ¡Ha pasado muchísimo más tiempo aquí que en Senegal!

Mamá hizo un gesto como para borrar todo lo que acababa de decir.

– Probablemente los Diallo no se encuentren en tan dramático trance. Tiene que haber otra explicación.

El padre de Fatuma trabajaba de vigilante de noche en un centro comercial. Mamá dijo que intentaría informarse.

En cuanto a mí, volví a ver a Abdoulaye en la cancha de deporte. Desde que su tío lo había reñido, me dejaba en paz. Le pedí noticias de sus primos. Se contentó con responder :

– ¡Si no hay noticias, es buena señal!

– ¿Qué hay del señor Diallo? insistí  
¿Sigue trabajando en el centro comercial?

Esta vez, Abdoulaye me consideró con una especie de ira fría :

– “¿Qué hay del señor Diallo?” repitió exagerando con crueldad mi deje estirado, “el señor Diallo” trabaja donde le da la gana. ¿A ti qué te importa? ¿Acaso eres policía?

## **8. La vuelta a clase**

Finalmente me lo dijeron mis padres : el padre de Fatuma ya no trabajaba en el centro comercial, pero ignoraban por qué razón.

Estábamos a pocos días de la vuelta a la escuela. Sólo de pensar en regresar a clase sin Fatuma, me entraban ganas de llorar.

No dejaba de interrogar a mis padres sobre el tema de los indocumentados. ¿Cómo se podía vivir tantos años en un país, trabajar en él, criar a sus hijos en él, y ser expulsado del día a la mañana? Ellos me respondían mal que bien. Por ejemplo, me decían que a veces las iglesias eran ocupadas por indocumentados que solicitaban su regularización. Algunos hasta se arriesgaban la vida haciendo huelga de hambre.

Estaba preocupadísimo por Fatuma. Por casualidad, oí un reportaje en la radio. Hablaban de los “centros de retención”. Me sonaba mucho a “centros de detención” y según lo que entendía, se trataba un poco de lo mismo : lugares donde inmigrantes “indocumentados” podían ser retenidos por la policía mientras

esperaban que los pusieran a la fuerza dentro de un avión rumbo a su país de origen.

Lo más tremendo era que, una vez allí, corrían el riesgo de verse de nuevo hacinados en otros centros de retención...

Cada día esperaba con impaciencia al cartero. Donde quiera que estuviera, Fatuma estaba pensando en mí, estaba convencido : en cuanto pudiera, me escribiría...

La víspera de la vuelta a clase, todavía no había recibido ninguna carta... Al acudir a la escuela, aquella mañana, no pude dejar de pensar que ahí me reuniría con Fatuma. Pero la vida no es mágica y cuando la señora Lombard, nuestra nueva maestra, articuló su

nombre, respondí “no está” con voz ronca, casi quejumbrosa.

Todas las miradas giraron hacia mí.

– ¡Es su novia! lanzó Kevin.

Pero nadie le rio la gracia, peor para él, y la maestra lo llamó al orden.

Yo apretaba los puños bajo la mesa con todas mis fuerzas, cerraba a tope las mandíbulas para no llorar.

Diez minutos más tarde, se oyeron pasos corridos en el pasillo, llamaron a la puerta, la señora Lombard dijo : “¡Adelante!”, se abrió la puerta y... ¡aparició Fatuma!

– ¡Vaya! ¡Qué bien empiezas el curso! le lanzó la maestra.

Hubiera debido de ser uno de mis días más felices, hasta el más feliz. Pero

cuando Fatuma vino a instalarse en el asiento de al lado, apenas me saludó.

Primero, pensé que había perdido el aliento, y que estaría mejor algunos minutos más tarde. Era la primera vez que llegaba tarde. Hasta el recreo, la sentí tensa. La veía más delgada, y su pelo ya no estaba trenzado con tanto esmero.

Al sonar el timbre, le lancé :

– ¿Vienes?

– Ya voy, respondió como una máquina.

La esperé en la puerta del aula, pero no se movía de la silla. Por fin, la señora Lombard la echó fuera.

En el patio, Fatuma se encaminó hacia el rincón más desierto. Por lo visto, no quería hablar con nadie, ni siquiera conmigo.

– Fatuma, mírame, le supliqué. ¿Qué te pasa?

Fingió la sorpresa :

– Pues... ¡nada!

Me esforzaba en mantener la calma :

– ¿No ocurrió nada nuevo en tu vida?  
¿Esto es lo que me estás diciendo?

– Nada nuevo, repitió como un eco, con la mirada fija.

– ¿Por qué llegaste tarde?

– A mi madre se le olvidó despertarme. Y corrí desde el inmueble verde.

¡El inmueble verde! Era imposible. Ella mentía. Ayer mismo había vuelto ahí : ¡si había nuevos inquilinos!

Me alejé con el corazón hecho pedazos, y no le dirigí la palabra en toda la mañana.

Al volver a casa, nada pude decir a mi madre. Fui a descolgar la cartera de la pared de mi habitación. La guardaba suspendida de decoración desde que Abdoulaye había amenazado con robármela.

Con una rabia fría, fui al jardín, arremoliné la cartera con el cordón como si fuera una honda y la solté para enviarla al otro lado del muro.

Pero fallé y así fue cómo se encontró enganchada en el cerezo.

## 9. El terrible escenario

Ya está, ya casi la tengo... La rama se hace más delgada a medida que avanzo. Amenaza con doblarse bajo mi peso. Con romperse, quizás. Y no será la capa de nieve de cinco centímetros lo que amortigüe mi caída. Me da igual. La rabia me hace avanzar. Ya no es a Fatuma a quien tengo rencor. A ella le he perdonado hace ya mucho.

La primera noche, la seguí en secreto. Quería saber. Se fue rumbo a la ciudad

dormitorio, para dar el cambiazo. Pero de repente, giró a la derecha y siguió los rieles del tranvía. Caminaba con prisas. Me costaba seguirla, y a ratos la perdía entre la multitud.

¡Anduve tras ella más de una hora! Hasta République, un barrio popular repleto de gente. Fatuma cogió una calle tortuosa de aceras estrechas y, de golpe, ¡desapareció!

No había más que un lugar donde pudiera penetrar, una única puerta abierta sobre un pasillo húmedo y frío.

Entré tras ella. Sonaban sus pasos en la escalera, luego se abrió una puerta y reconocí la voz de la señora Diallo, quien acogía a su hija con alivio. No me dejé ver. Sólo apunté la dirección en un rincón de la mente.

Cogí el tranvía y crucé de nuevo toda la ciudad. Me cantaron las cuarenta al llegar. Papá estaba furioso por mi retraso :

– ¡Por Dios! ¿Dónde te habías metido?

Se lo conté todo, el comportamiento extraño de Fatuma, el seguirla y el descubrir el lugar mísero donde vivía ahora, un hotel de letrero destartalado : “Hotel de la República”

– Es lo que nos temíamos, tu madre y yo, dijo papá. Verás, nos hemos enterado hoy : el señor Diallo se enfermó gravemente en primavera. Sigue en el hospital por un problema en los ojos... Tengo un amigo que actúa en una asociación para defender los derechos de los indocumentados. Me habló de él. Saben del caso de la familia Diallo.

Ya entendía la razón de la pena de Fatuma.

Papá me expuso en pocas palabras el terrible escenario : como el padre ya no trabajaba, la familia se encontró sin recursos, pues a la mamá de Fatuma no le era permitido trabajar.

Al no poder abonar el alquiler, los Diallo tuvieron que mudarse con urgencia para no endeudarse más. Los servicios sociales de la ciudad ponían una habitación a disposición suya en ese hotel, esperando a que el prefecto decidiera del porvenir.

Agarrado de la rama y arrastrándome como una serpiente, con el brazo extendido hacia la cartera de Fatuma, experimento la misma rebeldía que el

día en que mi padre me dijo todo aquello, y me cuesta contener las lágrimas de ira.

Al día que siguió la vuelta a clase, no pude hablarle a Fatuma. Vaya un par de tontos : ella con su secreto, y yo con el secreto de su secreto.

Así pasaron unos días, y por fin me harté.

– Estoy al tanto por tu padre, le dije. Y también sé dónde vivís. Te he seguido.

Ella se apartó como si acabara de abofetearla. Y se quedó recta y tiesa, con los brazos cruzados, dándome la espalda a todas luces.

Yo quería terminar de una vez :

– ¿Por qué no me dijiste nada, Fatuma?

Y en el mismísimo instante en que le hacía esta pregunta, entendí que ¡se había callado por vergüenza!

“Tú no eres quien deba sentir vergüenza”, quise decirle, pero las palabras se me atragantaron.

## **10. “¡Feliz Navidad, Ludo García!”**

Algún tiempo después, la asociación para los derechos de los indocumentados organizó una reunión de información y movilización en la sala polivalente. Participé en ella a mi modo, con otros alumnos de la escuela, presentando libros sobre los derechos de los niños. Don Michel nos ayudó a preparar tableros de exposición.

En la escuela, ahora, todos saben la verdad, y Fatuma parece a la vez aliviada

e incómoda. Los dos volvimos a dirigirnos la palabra, pero ya no es exactamente como antes. A veces le pido noticias de su padre.

“Está mejor”, me dice, pero no estoy seguro de que sea completamente cierto.

Tomo aire. El regalo de Fatuma está aquí, al alcance de mis dedos, que por fin lo enganchan. Todavía me queda liberarlo de la ramita de nada que lo mantuvo colgado durante todo el otoño.

¡Ya está, ya lo tengo, lo he conseguido!  
Me lo cuelgo del cuello.

Ahora sólo me falta dar media vuelta, con precaución.

Pronto mis pies se balancean buscando la parte alta de la escala. Compruebo el apoyo. Está bien.

Otros segundos más y aquí estoy, en la tierra firme, pisando la alfombra de nieve.

Ya es casi de noche. Mis ojos se han acostumbrado a la oscuridad.

Ya no siento el frío. ¡El recuperar el regalo de Fatuma me quita un peso enorme de encima! Parece que pueda actuar de amuleto de la suerte. Lo caliente entre mis manos.

Mis padres no van a tardar en volver de la prefectura. Forman parte de la delegación encargada de llevar peticiones al prefecto para protestar contra el tratamiento que se da a los Diallo y a otros indocumentados.

En el salón, no enciendo la luz. Quiero ver llegar a mis padres, quiero verles

la cara, antes de escuchar cualquier cosa que me digan.

El coche aparca delante de la casa. Me precipito a la ventana, a la luz de la farola pública, observo el semblante preocupado de papá, y mamá se compone una cara alegre antes de enfrentarse a mí.

Se abre la puerta. Papá le da al interruptor y la luz me ciega.

– Pero ¿qué diablos estás haciendo en la oscuridad? ¿Y qué ha pasado con tu ropa? ¡Si estás hecho un desastre!

¿Que qué estoy haciendo? Abrazo fuerte el regalo de Fatuma para conjurar el mal de ojo y digo, esperando lo contrario :

– ¡Así que se acabó!

– Vaya, hijo, no empieces a dramatizar, se enfada papá.

– La situación tampoco es tan mala, afirma mamá. Nos ha recibido el prefecto. Ha prometido que no se expulsará a ninguna familia este invierno. De todos modos, así lo dice la ley. Y el estado de salud del señor Diallo exige que se lo mantenga en Francia al menos hasta este verano.

Doy un suspiro de alivio antes de preguntar :

– Pero... ¿y después?

– Después no lo sabe el prefecto... Volverá a examinar los expedientes, caso por caso, y blablablá.

Mamá endereza la cabeza :

– De nada nos vale lamentarnos. Mejor ahorremos energía para permanecer vigilantes y movilizados.

Y añade más tiernamente :

– Tengo algo para ti...

Me tiende una carta :

– ¡Feliz Navidad, Ludo García! De parte de Fatuma... Me la dio su madre.

Agarro el sobre adornado con un árbol decorado.

– Además, en su religión, ni se celebra Navidad, comenta papá con emoción.

Entiendo lo que quiere decir : Fatuma es musulmana, pero eso no impidió que me dibujara un árbol de Navidad.

Pienso que a veces la vida puede ser bella y un arrebató de esperanza me hincha el corazón : sanará el padre de Fatuma y aunque su estado de salud no le permita trabajar, su mujer obtendrá el derecho a tener un empleo. Quiero tener fe. ¡Tantas ganas tengo de que se

regularice la situación de los Diallo, como así lo desean!

Espero a estar en mi cuarto para abrir el sobre. Quiero saborear este instante : ¡mi primera carta de amor! Y ya sé qué regalo le voy a hacer a Fatuma. Acaba de abrir una tienda “latina” en la calle Champ, y ahí venden pulseras trenzadas. Ya he visto una roja y amarilla, preciosa. Una pulsera de la suerte.